

LA CRÍTICA HA DICHO...

«Un artefacto explosivo que embriaga y seduce por su vocación experimental elegantemente enlazada con referencias freak, de compleja estructura cuidadosamente planeada y deconstruida para desplegar una horda de personajes tan entrañables como siniestros que al final habrán de colisionar en un final inquietante. Uno de los mejores libros de ciencia ficción latinoamericana que he leído en años».

BERNARDO FERNÁNDEZ, *Lee +*

«Si Quentin Tarantino fuese escritor y no cineasta, muy probablemente hubiera escrito algo como *Novela B*, el libro de la paraguaya Mónica Bustos, que sorprende por su estilo, por su ritmo vertiginoso y, más aún, por la divertida mezcla de seres fantásticos y reales que propone».

Morbidofest.com

«*Novela B* crea una intensa narración que conduce por acciones descarnadas y escenas paródicas, con humor ácido y una cautivadora recreación de elementos».

Última hora

«Una suerte de parodia que rastrea los esquemas y modelos del Cine B en un brioso y sugerente discurso en el que el humor negro y los guiños intertextuales juegan un papel determinante».

CARLOS OLIVARES, *La Razón* (México)

«Una brillante obra literaria que se separa de otros materiales locales por una notable frescura y una estructura que se sale de lo común».

JUAN CÁLCENA RAMÍREZ, *ABC*

NOVELA B

Mónica Bustos



«Me gusta la oscuridad. Es amistosa».
IRENA DUBROVNA, *La mujer pantera*, 1942

CORNELIUS ESTÁ MUERTO

El oficial que toma la denuncia no cree en fantasmas, así que desestima el caso inmediatamente. Quizá la cosa que se puso enfrente del coche fue un cuervo o un buitre. Algo capaz de huir de ahí velozmente. Para él las cosas son sencillas: si no deja rastros humanos, no es humano. Si no es humano, es un animal.

Vincent limpia el cristal de sus gafas mientras describe en tiempo presente el recuerdo distorsionado o la alucinación que se reproduce en una especie de pantalla dividida en su mente. Con trompetas mexicanas como banda sonora, su bebé sale despedido por la ventana en *bullet time* y vuela por el cielo azul o nada, nada como en la portada de un disco de Nirvana, mientras él lo ve ahí por varios minutos flotando en el cielo o en el mar, lo contempla desde todos los ángulos mientras el niño descalzo y ligero permanece congelado como un muñeco hiperrealista. Vincent trata de alargar su vida evocándolo con sus palabras detallistas, inventando un fotograma retenido en un mundo paralelo, en un tiempo pasado maquillado de ahora, de presente indefinido. Adiciona horas a un suceso que no transcurrió ni en un minuto, ni en un segundo.

El comisario contempla compasivamente a ese padre loco y piensa que quizá el hombre perdió el juicio después del accidente. Les dice a él y a su esposa que ya no hay nada que pueda hacer por ellos, las actas del accidente no revelan una cuarta presencia, y en ese pueblo la policía no tiene recursos para investigar algo tan improbable como lo que el señor ha venido a denunciar.

Despide a la pareja con una simplicidad casi irrespetuosa y se asoma a la ventana para cerciorarse de que se alejen como dos personas normales: subiéndose a un coche normal, con una resignación normal, para devolverse por la misma carretera normal como normalmente hacen todos. Pero él no sabe que uno de ellos no es una persona normal.

El coche se va echando polvo mientras se aleja, es un vehícu-lo fúnebre sin frenos que pasea por el mundo una sillita vacía para bebé. El comisario relame la melancolía ajena para hacer pa-sar el tiempo, hasta que lo interrumpe una voz molesta como el zumbido de un mosquito muy cerca del oído y le dice que eso ya pasó una vez.

El que habla es un hombre esposado a un banco, el borracho incómodo al que arresta todos los días para tener a alguien con quien hablar. El oficial lo mira por encima del hombro, no quiere darle importancia, prefiere seguir calzándose el dolor de la joven pareja. Aunque toda esa situación de empatía solo lo lleva a cuestionar cosas que no tiene ganas de averiguar, prefiere, más por morbo que por deber, retraerse y contemplar el dolor que la muerte no le ha causado a él; siente un placer

repulsivo en las entrañas, típico del pobre diablo con suerte. De pronto, pierde el control y, sorprendentemente, eso se convierte en empatía. Primero una curiosidad instintiva; luego, el sentido del deber que llama. Sin embargo, es muy flojo para realizar su trabajo. Pero el reo, que se refleja en la imitación de las RayBan Aviator espejadas del comisario, adivina que ese silencio es finalmente una invitación a contar lo que sabe, y su historia de terror empieza con la clásica fórmula: «Hace tres años, en ese mismo lugar»...

Quince días después, la joven pareja es citada en el mismo pueblo desierto, el comisario ha logrado emprender una pequeña investigación, algo todavía inconcluso, pero al menos un intento por sostener la credibilidad de un padre desolado.

—Voy al grano. Siéntense. Los llamé porque encontramos algo que podría interesarles. El expediente del Caso Islas-Domínguez. Un hombre iba conduciendo por esa misma ruta en la que usted perdió a su hijo, lo acompañaban su mujer y su hija de tres años. La pareja mantenía una discusión cuando ocurrió un accidente mortal. La mujer, llamada Isabella Domínguez de Islas, se entregó en marzo del año pasado y ahora espera su condena en prisión. Su declaración podría interesarles.

El comisario se levanta, respira hondo y empieza a dramatizar los hechos, tal y como cree que pudieron haber sucedido, teniendo en cuenta los detalles que leyó en el reporte y uniendo los huecos con la imaginación.

—Llueve. El vehículo se desplaza a gran velocidad. Isabella golpea a su marido por algo que acaba de decir, él trata de inmovilizarla contra el tablero, con una mano, antes de que puedan volver la mirada al frente un estruendo los paraliza. La colisión desvía el vehículo a un lado de la carretera, caen en una zanja. Lo primero que se le ocurre a ella es que arrollaron a un perro. Su marido prensado entre el volante y el parabrisas roto intenta desprenderse un pedazo de vidrio incrustado en el lacrimal. La niña llora en algún lugar. Isabella, en estado de shock, baja del coche y ve a una mujer vestida de negro con la cabeza hundida en un charco de sangre sobre el asfalto. Regresa al coche y le dice a su esposo que han matado a una mujer. No llaman a la policía, no llaman a una ambulancia, se toman su tiempo para empujar el coche y sacarlo de la zanja. Con una mirada pactan la complicidad y la fuga. Vea, no le digo que a su bebé lo mató un fantasma, porque yo no creo en fantasmas, pero tampoco podemos descartar la posibilidad. En este pueblo todos dicen que los que mueren en la carretera siempre regresan para causar accidentes.